colecta *de Spiritu Sancto* en todas las Misas tanto privadas como solemnes.

El presente edicto será leído en todas las iglesias del arzobispado y se fijará en los lugares de costumbre.

Dado en esta ciudad de Santiago, á dos días del mes de abril de mil ochocientos ochenta y siete.

MARIANO,
Arzobispo de Santiago.

Por mandado de Su Señoría Ilma. y Rma.

JOSÉ MANUEL ALMARZA,
Secretario.

PASTORAL
SOBRE LA ACTUAL SITUACIÓN DE LAS PARROQUIAS DEL ARZOBISPADO.

(1887.)

NOS, MARIANO CASANOVA, etc.

Á nuestros amados diocesanos, paz y salud en el Señor.

NUESTRO Señor Jesucristo instituyó el sacerdocio para que continuase en el tiempo su obra salvadora, perpetuando su acción y su palabra. *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos*[1], dijo un día á sus apóstoles, y en ellos á todos sus sucesores: con el mismo poder con que mi Padre me envió á Mí, yo os envío al mundo para que lo santifiquéis, difundáis *la verdadera luz, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*[2], y salvéis á los hombres por la efusión de la gracia de que seréis distribuidores y ministros.

En sus manos puso las llaves de la eternidad, cuyas puertas se abrirán ó cerrarán para las almas, según sea la sentencia que pronuncien los labios de su ministro. En su corazón dejó albergados el amor y la misericordia y los colocó como centinelas en los umbrales de la eternidad para detener á las almas con sus consejos y súplicas en el camino que lleva al abismo.

Estas funciones importantísimas corresponden especialmente á los sacerdotes á cuya solicitud encomienda el

[1] Jo. 20, 21. [2] Jo. 1, 9.

obispo una parte de su rebaño espiritual. Llámanse curas párrocos, porque es su oficio dispensar todo género de cuidados paternales á las almas que habitan en el recinto de su parroquia. Ellos son la representación viva del buen pastor de la parábola evangélica, porque desempeñan para con las almas todos los ministerios de amor y de consuelo con que el buen pastor favorece á sus ovejas: las apacienta, nutriéndolas con la sana doctrina, alimento purísimo del espíritu, con el pan de los fuertes y el vino que engendra vírgenes; las conoce y llama por su nombre, visitándolas y consolándolas en sus penas, procurándoles socorro en sus debilidades y dolencias espirituales: *cognosco meas, . . . et proprias oves vocat nominatim;* las guía por los caminos difíciles de la perfección, marchando delante de ellas y alentándolas con su palabra y con su ejemplo: *educit eas . . . ante eas vadit;* vela incesantemente á las puertas del aprisco, defiende á sus ovejas de los ataques del demonio, de los peligros del mundo y del veneno de las malas doctrinas: *qui non est pastor, videt lupum venientem . . . et fugit;* está pronto á sacrificar por ellas hasta la propia vida: *bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis;* corre solícito tras de la oveja que se descarría, emplea todos sus esfuerzos por volverla al redil de la amistad divina, le allana los caminos de la conversión, y si es preciso la carga sobre sus hombros para aliviarla de las fatigas de la penosa jornada. Ellos pueden, por lo tanto, decir como Jesucristo: *Ego sum pastor bonus* — yo soy el buen pastor [1].

Considerad, sino, amados diocesanos, la vida de vuestro párroco, y veréis que toda entera está consagrada á vuestro bien. En las ciudades populosas, en la aldea lejana, en la soledad del campo, lo veréis *soportando todo el peso del día y del calor,* sin rendirse al cansancio, sin desmayar en

[1] Jo. cap. 10.

el trabajo y sin que le sea dado contar con hora segura de reposo. Su puerta está siempre abierta, su lámpara siempre encendida, su bordón siempre en la mano para acudir al llamamiento de todo el que reclame su asistencia. Y no lo detiene ni la noche con sus sombras, ni el día con sus ardores, ni la lluvia, la nieve, el río ó el torrente, si cualquiera de vosotros, rico ó pobre, grande ó pequeño, lo llama á su lecho de agonía para morir en sus brazos. La desgracia, que aleja á los amigos del mundo, es ante él título de recomendación para sus afectos y simpatías: es padre del huérfano, consuelo de la viuda, báculo del anciano, providencia del pobre, amigo de todos los que padecen.

Al romper el día y al declinar la tarde, os llama con la voz del campanario á asociaros al sacrificio y la plegaria, que atraen sobre vuestras familias las bendiciones del cielo. Interesado en vuestra prosperidad, bendice vuestros sembrados, implora la lluvia para vuestros campos, participa de vuestras inquietudes, se mezcla en vuestras honestas alegrías.

Sube cada día al altar para desarmar con la inmolación de la Víctima infinita el brazo de la justicia divina, implorar su clemencia, satisfacer por vuestros pecados y dar á Dios condignas acciones de gracia por sus continuos beneficios. Desde la cátedra santa enseña al ignorante las verdades de la religión contenidas en las Santas Escrituras y en los monumentos de la Tradición; y su palabra, desnuda de los vanos ornamentos de la elocuencia mundana, penetra en los entendimientos más limitados, é ilumina, persuade y arrastra á las almas con una eficacia enteramente divina. Habla á la fe sencilla del pueblo y á la razón ilustrada de los sabios y remueve en los corazones el cieno de la culpa, despierta el aguijón del remordimiento, inspira amor á la virtud y aborrecimiento al vicio, aquieta la turbulencia de

las pasiones, suaviza los dolores más hondos, asegura la observancia de los preceptos divinos; y su palabra, como un eco prolongado del Evangelio, cae en los corazones bien dispuestos, á la manera de semilla bendita que florece y fructifica para la vida eterna. Mediante sus enseñanzas, los hombres más humildes é indoctos llegan al conocimiento de las verdades más sublimes, y en especial de las que son necesarias para la salvación. Exhorta, amonesta y reprende con la autoridad de Jesucristo, á quien representa, y con la ternura de un padre, cuyas entrañas posee. Y sus labios no enmudecen, aunque su palabra caiga en dura peña, aunque sus advertencias saludables le conciten el odio y la persecución de los impíos, y aunque el mundo entero pretenda ahogar la voz en su garganta.

Diariamente se renueva á los pies del párroco aquella conmovedora escena del Evangelio en que una mujer liviana, atraída por la gracia, va á buscar el perdón y la misericordia á los pies de Jesucristo, dejando correr un río de penitente llanto. Muchas Magdalenas, después de una larga vida de disipación y de locuras, van á quebrar á sus pies el vaso frágil de las vanidades mundanas y á recibir de sus labios la sentencia del perdón que les devuelve, con la inocencia restaurada, la dicha y la paz perdidas. Los pródigos, que han disipado en liviandades los dones de la naturaleza y de la gracia, hallan en su párroco á un padre que los aguarda con los brazos abiertos, dispuestos á restablecerlos en la amistad divina y á devolverles los derechos perdidos. Las almas fieles encuentran en sus consejos paternales la luz que las orienta en el camino del cielo y la fuerza que las conforta en las luchas contra las pasiones.

El párroco está presente en las grandes situaciones de la vida del hombre. Él recoge en sus brazos al que nace para engendrarlo á la vida de la gracia en las fuentes bautismales, y cambia por el sello indeleble del cristiano la marca del réprobo con que viene al mundo. Abre después en su inteligencia infantil los primeros surcos en que desparrama las semillas de la verdad revelada. Y llega un día en que conduce al niño, instruído y purificado, á las gradas del altar para que reciba por la vez primera en su pecho á Jesús sacramentado. Y ese día es una de las más bellas fiestas de la parroquia; día en que todo se hace por el niño, en que el altar se embellece, repica festivo el campanario, se desata el órgano en torrentes de armonía, se carga el ambiente con los aromas del incienso. Todos se asocian á aquella fiesta en que el divino Cordero, que pace entre lirios, sale al encuentro de la inocencia. Y esta fiesta de inmortales recuerdos, de siempre grata memoria, de santas y puras emociones, que no vuelven á sentirse iguales en la vida, influye poderosamente en el porvenir del hombre. Puede perderlo todo en el naufragio de las pasiones; pero el recuerdo de aquel día sin nubes brilla siempre como un faro en medio de la tempestad mundana, y habla con la suave voz del amigo de la infancia al corazón vacío de felicidad, en aquellos momentos fugitivos en que las pasiones callan y se siente toda la amargura del desengaño.

Hay en la vida del hombre y de las familias una hora de dulces alegrías. Dos corazones van á unirse para siempre en un amor puro para compartir por mitad la carga de la vida. Mas, esa unión no puede consumarse, ni ser santa ni durable, sino con la intervención del párroco. Revestido de simbólicas vestiduras, conduce al altar á aquellos jóvenes esposos, acaso al mismo altar en que años antes hicieron su primera comunión, y como testigo oficial de la Iglesia y dispensador de las gracias del cielo, recibe de los labios, trémulos de emoción, de los felices desposados los solemnes juramentos de eterna fidelidad, bendice su unión

en nombre de Dios é implora para ellos toda clase de prosperidad, inclinado sobre el ara del sacrificio.

Y al mismo tiempo que abre el cielo á los que nacen, y asegura el porvenir moral del niño y bendice la casta unión de los esposos, el párroco pasa, casi sin transición, de la cuna en que sonríe el niño que despierta á la vida, al lecho de agonía en que un cristiano se despide del mundo. Allí está él para santificar la partida con los auxilios de la religión, para hacerla menos amarga con los consuelos de la fe, para confortar al moribundo con el viático que acompaña al alma en el viaje á la eternidad y purificarlo con la unción santa que destruye las reliquias del pecado. Y del templo de los vivos pasa, donde le es posible, al templo de los muertos para implorar al borde del sepulcro las divinas clemencias y entregar á una tierra santa cobijada por la cruz los despojos mortales del fiel cristiano, que ha muerto entre sus brazos en la dulce paz del Señor.

Tal es, amados diocesanos, el párroco; tal es ese sacerdote á cuya solicitud está confiada cada parroquia, y á quien el pueblo llama *padre* con el instinto que inspira la fe. Tal es el hombre que habiendo renunciado á todas las conveniencias de la tierra, á toda expectativa de fortuna, á todos los goces de la familia, vive enteramente consagrado á vuestro servicio espiritual, consume sus fuerzas en trabajos penosos y prolongados y devora en silencio amargas privaciones.

Pues bien, debo haceros saber, amados diocesanos, que estos abnegados servidores vuestros viven al presente poco menos que en la indigencia, especialmente los que tienen á su cargo las desamparadas parroquias del campo. Siempre fué angustiada en Chile la situación del párroco; pero desde que con el planteamiento de la ley de registro civil se han creído los fieles, sin razón alguna, exentos de la obligación de pagar al párroco los derechos de entierro, esa situación ha llegado al extremo de que hay parroquias que no podemos proveer, porque los emolumentos parroquiales son de todo punto insuficientes para subvenir á las más premiosas necesidades del párroco y del culto divino. Hay, efectivamente, en el arzobispado curatos en que el cura carece hasta de lo más indispensable para vivir, y en consecuencia, no hay sacerdote que pueda servirlos, por grandes que sean su desinterés y el celo que lo anima; como quiera que no es posible exigirles que sirvan parroquias que no producen á lo menos lo indispensable para la subsistencia del párroco. Si este mal no se remedia, llegará un día en que nos veremos en la dolorosísima necesidad de no poder proveer al servicio religioso de un gran número de parroquias incongruas. Y esta situación es tanto más triste cuanto que, al paso que la prosperidad material se acrecienta en todas las clases sociales del país y todos los servicios civiles y profesionales reciben mejor remuneración, las parroquias empobrecen más y más y los servicios espirituales, siendo los más importantes, son peor remunerados. No comprendemos por qué la piedad de los fieles, que se muestra generosa en orden á las obras de la caridad cristiana, sólo es avara con sus abnegados bienhechores, negando á veces á las parroquias hasta los emolumentos que les son debidos por razón de justicia.

Entre nosotros los párrocos, más que en ninguna otra parte, merecen decidida protección. Ellos cargan con lo más abrumador de las funciones eclesiásticas; y por la misma naturaleza de estas funciones, deben estar consagrados sin reserva al servicio de los demás. Es sabido que en Chile la extensión de muchas parroquias excede á las de los obispados de Europa; y cada cura tiene á su cargo cinco veces más feligreses católicos que en los países en que el catolicismo es menos favorecido. En las parroquias más